

El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,

LITERATURA, ARTES Y MODAS.

SOBRE EL PANTEON NACIONAL.

Hemos visto un decreto relativo al establecimiento de un panteon nacional en la iglesia de san Francisco el grande, de esta corte, y aunque aplaudimos la resolucion, sentimos no poder felicitar por ella al ministerio actual, pues la originalidad de la idea pertenece al que gobernaba en 1834 ó 35, que al efecto espidió una real orden; habiendo señalado el camino que debía seguirse para renovar y engrandecer debidamente la memoria de los hombres célebres, el dignísimo comisario de Cruzada don Manuel Fernandez de Varela, protector de las artes y padre de los desvalidos, que despreciando noblemente la crítica mordaz, hija de la torpe emulacion de las mezquinas almas de sus detractores, dejó consignados en monumentos y obras meritorias las pruebas de su patriotismo sin mancha. El proyectó establecer una pública academia literaria en la casa en que vivió y falleció el desventurado Cervantes; pero este pensamiento se malogró por la mala direccion, segun se ha dicho, de una autoridad de aquel tiempo, teniendo solo lugar la inauguracion de la estatua que hoy admiramos, y la colocacion de los mármoles sobre la puerta del domicilio del héroe de Argel y de Lepanto. Y á él le oímos, mas de una vez, espresar vivos deseos de trasladar al suelo pátrio las cenizas de Moratin, Melendez y otros dignos españoles que murieron en paises estrangeros.

Nadie con mas interes, como cosa suya, que el ministerio que primero concibió la idea del panteon nacional, la hubiera sin duda realizado; pero se presentaron algunas dificultades imposibles de vencer por entonces, y que en nuestro sentir no han desaparecido todavía. El templo de san Francisco, por la riqueza de su arquitectura y magnificencia, exigia una elegante y sólida escultura para los sepulcros que se construyesen, por-

que en otro caso la suntuosidad del edificio pondria en ridículo la mezquindad de los particulares panteones. Y esto fue acaso el móvil poderoso para que el gobierno abandonase por entonces sus intenciones, reservándose para mas adelante la realizacion, en el íntimo convencimiento de que si nuestro deber nos impone la estrecha obligacion de borrar con loables acciones la ingratitud de los siglos anteriores, no deja de ser el monumento mas grato, el evitar que los vivos perezcan en la indigencia por falta de recursos, á que puede dar lugar toda distraccion de fondos hasta que la paz y buena administracion no proporcionen la abundancia y con esta algunos sobrantes.

No necesitaban los actuales españoles de la escitacion de los gobiernos para labar la mancha de sus predecesores y honrar el nombre de sus ilustres conciudadanos. La proteccion de las autoridades hubiera bastado para que sin gravamen del erario se despertase una noble emulacion, y con el patriótico entusiasmo y acreditado celo de las corporaciones literarias tuviesen asilo seguro y decoroso los restos de tanto esclarecido varon; hasta que encontrándose la nacion mas desempeñada y cubiertas las obligaciones del dia, fuese posible la egecucion del feliz pensamiento del panteon nacional con la suntuosidad que el asunto requiere y reclama tan merecido desagravio.

Hace algunos años que pretendemos despertar del letargo y honrar los nombres de nuestros compatriotas dando y repitiendo decretos, y formando proyectos que por desgracia quedan en embrion. Todo son acriminaciones á los antepasados, reconvenciones á los contemporáneos y dictámenes sobre dictámenes cuando el principal consistiria en conservar primero los restos venerados para darles despues colocacion decorosa. En la iglesia de la Concepcion Gerónima se enterraron el célebre licenciado Luis Muñoz; el literato don Juan Zapata de Cárdenas y el gran jurisconsulto Diego Serrano y Silva.

En san Andres el maestro Juan Lopez de Hoyos. En san Marcos el memorable arquitecto don Ventura Rodriguez. En el Salvador el conde de Campomanes, el de Isla, y el gran Calderon de la Barca. En san Sebastian el inmortal Lope de Vega. En Monserrat el cronista don Luis de Salazar y Castro. En el Caballero de Gracia el célebre escritor en jurisprudencia, don Juan de Solorzano. ¿Y qué seguridad podemos dar hoy de la existencia de las cenizas de estos y de otros hombres ilustres? Ninguna.

Cervantes desapareció en la traslacion del antiguo convento de Trinitarias: Lope de Vega por el mas reprehensible descuido: Jorge Juan, el Rmo. P. Martin Sarmiento, Juan de Herrera, Albar Garci Diez de Ribadeneira, Antonio Saavedra, Coello, de Montalvan, con otros muchos, en la demolicion de los templos de san Martin, la Victoria, san Miguel y algunos mas, haciendo en varios el mayor estrago el olvido, como sucede al gran poeta el doctor Eugenio Salazar, letrado y contemporaneo de Ercilla. Por manera que en la actualidad solo poseemos y tenemos asegurados de la tormenta que los demas sufrieron, los restos del principe de los poetas cómicos don Pedro Calderon de la Barca, y esto merced al patriotismo de tres particulares ciudadanos que para conseguirlo han tenido que luchar con no pocos obstáculos.

Sin embargo, por deferencia á los hombres de nuestros dias queremos convencerlos de que la ingratitud de los que nos precedieron dió margen á tan lamentables extravios. Pro ¿y podremos disculparnos por este medio? ¿Qué diligencias hemos practicado para conducir al suelo patrio las cenizas de Moratin, Fr. Luis de Leon Melendez, Estala y otros infinitos? Afortunadamente perecieron en un pais en que se respeta la memoria de los que ennoblecen las letras y las artes y donde se conservarán hasta que el deseo de la gloria nacional nos obligue á reclamarlos.

Napoleon, aquel genio sin següado mandó erigir el Panteon nacional en el templo de Santa Genoveva de Paris sobre cuya puerta se lee.

«Aux grands hommes la patrie reconnoissante.»

A los hombres célebres,
la patria agradecida.

Y con la misma y aun mayor suntuosidad se mira la Abadía gótica de Inglaterra.

En el cementerio llamado en Paris del

P. La Chaisse se cuentan sobre 30000 sepulcros y entre ellos tienen lugar en el sitio conocido por *Isla de los españoles* los de algunos que habiendo muerto en España se ignoraría hoy donde reposaban. Una urna colocada en un templete circular sostenido por ocho columnas encierra los restos del antiguo ministro don Mariano Luis de Urquijo, con la siguiente inscripcion.

«Il fallait un temple à la vertu,
un asile à la douleur.»

*Necesitaba un templo la virtud,
un asilo el infortunio.*

Mas allá se encuentran los del general Ofarril, el embajador Fernan Nuñez, y el médico Garcia Suelto, y muy próximo á los de Moliere y Lafontaine el del Terencio español *Inarco Celenio*, reducido á una pequeña urna que descansa sobre un gran pedestal de dos cuerpos con esta inscripcion «*Aquí yace don Leandro Fernandez de Moratin, insigne poeta cómico y lírico, delicias del teatro español, de inocentes costumbres y de amenísimo ingenio. Murió en 21 de junio de 1828.*»

Sensible es por cierto tener que menear un trozo de tierra en pais extranjero para depositar las cenizas de los ingenios españoles siempre que se pretenda salvarla del naufragio que han experimentado las de los demas hombres ilustres. Nuestro gobierno, parece que se dispone á proteger la conservacion de tan preciosos restos; pero vemos mil inconvenientes para que se realice en el estado de atraso de la nacion. Invítese á las corporaciones científicas y literarias, protejase debidamente á los patriotas que tomasen á su cargo tan laudable tarea como los que han arrancado á Calderon de las garras del olvido, y entonces sin gravamen del Erario pondremos en seguro depósito las respetables cenizas, hasta que como dejamos dicho al principio pueda construirse el panteon nacional con la suntuosidad que desean los buenos españoles.

Una observacion nos ocurre y queremos estamparla antes de terminar este artículo porque juzgamos que con nosotros seran de acuerdo otros infinitos. Por el decreto en que se manda erigir el panteon nacional viene tácitamente á despojarse de estas inestimables alhajas á los pueblos que las posean, y en esto no alcanzamos el medio de conciliar los diferentes deseos. Se dirá que Madrid como corte es patria comun, y que en su recinto debe contenerse el depósito sagrado; pero

al propio tiempo contestaremos que no es solo la capital de la monarquía á la que visitan los extranjeros, y que aunque las glorias que ella ostente sean de honor común á todos los españoles, nunca es el precio tan inmediato como el debido á los conservadores especiales. Por nuestro pobre voto no se despojaría á ningun pueblo de esta consideracion, siempre que tuviese proporcion de edificar sepulcros dignos de los hombres ilustres que tenga sepultados hoy en sus iglesias ó cementerios. De este modo las provincias contribuirían con mas agrado á la egecucion del pensamiento y mostrarían con orgullo á los viajeros los munumentos que deben revelar á la posteridad el cómo supimos reparar la injusticia de nuestros abuelos.

P. V.

Conor O' Mara.

TRADICION IRLANDESA.

(Continuacion.)

Habiendo llegado nuestros tres viajeros á una revuelta del camino que conduce á la ciudad de Thurle, uno de los buhoneros tomó la palabra y dijo: este es el poste de que nos hablaron anoche en la posada donde paramos, y esta debe ser la senda que nos atajará tres millas.

—En efecto, dijo el segundo buhonero, esa debe de ser, sigámosla.

Conor era tan amigo como el primero de economizar tiempo y zapatos, y viendo que los buhoneros salvaban una zanja, iba á hacer otro tanto, cuando le vinieron á la mente los consejos del labrador y se detuvo repitiendo para sí: «cuando vuelvas á tu casa sigue siempre el camino real, evita las revueltas, y nunca atraveses los campos con lamira de atajar camino.» Muy caro habia pagado el consejo para no seguirlo. Escusóse pues Conor de no acompañar á los dos buhoneros y siguió la carretera.

No le sucedió nada notable hasta los alrededores de la ciudad, donde advirtió sentados en un banco á sus compañeros de viaje que medio desnudos se lamentaban con visos de desesperacion.

¿Que os ha sucedido, buenas gentes? les preguntó Conor.

Mas estaban tan turbados que no supieron al pronto que responderle; pero al fin volvieron en sí, y le refirieron que habiendo seguido aquella senda, habian llegado á un bosque donde los aguardaban seis hombres armados con palos y enmas-

carados: estos les habian quitado los bañones, una parte de sus vestidos, el dinero que llevaban, y los habian maltratado. Creian haber conocido entre ellos á los dos hombres que les habian indicado tan caritativamente el atajo. Consolólos Conor lo mejor que pudo, y se dió el parabien de haberse acordado del primer consejo de Fitz-Patrick. Gracias á él; sino era mas rico que los pobres buhoneros, á lo menos no habia sido maltratado como ellos.

No pudiendo darles ningun socorro, dejólos Conor y prosiguió su camino hasta que halló una fuente cristalina; hizo alto, se sentó sobre la yerba, comió de la torta grande, descansó, se lavó el rostro, pies y manos, dió gracias á Dios de haberle librado de los primeros peligros del viaje y volvió á emprender su jornada hasta la noche.

El sol estaba en su ocaso cuando alcanzó la frontera del condado de Limerick. Bien hubiera querido pasar el puente de O' Brien, porque un poco mas adelante tenia tambien un conocido que le hubiera alojado gustoso; pero era ya de noche y se sentia las piernas tan pesadas, que se creyó dichoso al divisar una luz en una ventana de una granja donde determinó pedir hospedaje hasta el día siguiente. Llamó pues á la puerta, entró con el saludo acostumbrado. «Dios os bendiga á todos», y fué bien recibido por una muchacha que le convidó á entrar en la cocina; porque aun existe en la vieja Irlanda un residuo de la hospitalidad de los tiempos antiguos. Sentose Conor sin ceremonia junto al hogar donde ardía un buen fuego; vió que no estaba solo, y habiendo encendido la pipa, entabló conversacion y no reuso su parte de una gran fuente de patatas que le ofreció la criada. Todo indicaba una casa acomodada: enormes jamones colgaban de la chimenea donde acababan de colocarse: sobre los alzaderos brillaban un hermoso servicio de estaño; por los vidrios de dos grandes armarios veíanse tambien fuentes de loza y aun de plata; el mujido de las vacas, el balar de los cordeiros y el gruñir de otra clase de cuadrúpedos, no menos familiares á su oído, recordaron á nuestro viandante la granja donde habia trabajado durante tres años con tanto ahinco. Fijáronse despues sus miradas en los habitantes de la casa; notó sobre todo una muger jóven, hermosa y presumidamente ataviada que iba y venia, al parecer muy ocupada; de vez en cuando se paraba delante del reloj, como impaciente de la lentitud con que la aguja daba vuelta al cuadrante. Dos hombres de aspecto honrado que estaban junto á él

parecieron dos colonos que iban á alguna feria del país; por su conversacion vino en conocimiento de que habia adivinado: forasteros como él, hacia poco que habian llegado á la granja, y no conocian al amo de casa sino de nombre. Este no estaba allí, pero le aguardaban. En efecto, pronto entró un anciano de cabello cano, que saludó á todos cortesmente y cuyo aspecto venerable llamó la atencion de Conor. La muger se acercó al recién llegado con mucha afabilidad; Conor se imaginó que era su padre; pero era su marido, como se lo dijo la criada. La muger y el anciano se retiraron juntos, y entonces nuestro viajero se acordó del segundo consejo de Fitz-Patrick. «Si paras en alguna casa que no conozcas, sobre todo de noche, mira al rededor de ti; si ves que el amo de la casa es viejo y el ama jóven y bonita aléjate sin tardanza, no te acuestes ni cierras los ojos en aquella casa.»

Estas palabras: *Aléjate sin tardanza, no te acuestes, ni cierras los ojos en aquella casa*, resonaron tristemente en su oído, y le pareció estar viendo á Fitz-Patrick que le gritaba: *¿Me has entendido?* Levantóse, y aprovechando un momento en que todas las miradas se dirigian al hogar, se acercó á la puerta, levantó el pestillo, y salió sin despedirse de nadie.

La noche se habia vuelto oscura y borascosa. Conor anduvo algun tiempo á tientas, y al fin entró bajo un tinglado donde estaban amontonadas muchas gavillas y haces de heno. Desesperando de llegar al camino real antes de la madrugada, y deseando disfrutar de algun descanso; se echó en un rincon arreglándose lo mejor que pudo, y cerró los ojos; pero no logró conciliar el sueño tan pronto como hubiera querido; tan turbada estaba su cabeza con todo lo que le habia sucedido de tres dias á aquella parte, incluso el suceso de los buhoneros y los foragidos que los habian robado y maltratado. Embargábale tambien el segundo consejo de Fitz-Patrick, aunque no podia esplicarse qué peligros hubiera corrido junto al hogar que acababa de dejar. Pronto reinó el silencio alrededor de la casa denotando todo que la lluvia que estaba cayendo en nada turbaba á los habitantes de aquella morada hospedadora. Apagáronse las luces que brillaban en dos ó tres ventanas, y entónces Conor dijo para consigo: «¿Quien sabe si mi terror pánico me ha privado de una buena cama que me hubieran ofrecido despues de cenar?»

De repente llega á sus oídos un ruido, escucha con atencion y vé un hombre á

caballo que se apea debajo del tinglado y ata al animal junto á un haz de heno. Este jinete iba envuelto en una capa parda que echó sobre la silla del caballo, luego sacó una pistola y la preparó, á este sonido de siniestro agüero, el pobre Conor se metió debajo de una gavilla, no atreviéndose á mirar por miedo de ser visto. Afortunadamente el caballo estaba por medio entre él y el misterioso personaje. Este creyéndose solo, dió algunos pasos fuera del tinglado, y entonces Conor se atrevió á alzar la cabeza, cuando se oyó un golpecito á una de las ventanas bajas de la casa, y al punto pareció una luz, á cuyo resplandor pudo cerciorarse nuestro Irlandes de que el recién llegado, si era un ladrón, tenia al menos un cómplice que lo aguardaba. Conor tembló mas que antes; pero su propia seguridad le hizo estar muy atento. Animóse al fin hasta colocarse bajo el vientre del caballo, y no perdió una palabra de la conversacion que se entabló entre el jinete y una muger asomada á la ventana.

—«¡Maria, soy yo!

—«¡Con que al fin cumples tu palabra!

—«Y tú, ¿estás pronta?

—«Si, pronta, á todo, con tal que prometas casarte conmigo antes del fin del año.

—«¿Y no es ese el motivo que me hace venir armado con puñal y pistolas como para un asesinato?

—«¿Podieras titubear cuando no hay otro medio de alcanzar mi mano?

—«Yo solo titubeara ante un crimen inútil: pero ya que es preciso acabar con el viejo, ¿lo has dispuesto todo para que recaigan las sospechas en otra persona?

—«La casualidad nos favorece; han llegado esta noche unos desconocidos, y será fácil acusarlos y hacerlos condenar.

—«¿Puedo entrar?

—«Si, ven, ten ánimo... lo demas corre de mi cuenta.»

Cesó el dialogo, el hombre se encaminó á la puerta; ésta se abrió, y entró en la casa.

Figúrese el lector la calentura que le entró al pobre Conor, ¡Ah! si hubiera sido tan valiente como honrado, hubiera gritado, despertado á todos, y quizá impedido una horrorosa tragedia. Su conciencia le reconvenia su cobardia, pero esta superó á todo figurándose que al menor grito le caería encima el jinete cuya fuerza le parecia igual á la de un gigante. «Seria una víctima mas, se dijo. Al menos quiero armarme de pruebas irrecusables contra el crimen que no puedo impedir.» Entonces Conor sacó las tijeras que habia comprado á los buhoneros

para su Nelly, y cortó de la capa colocada sobre la silla un pedazo de paño de debajo del cuello, luego hizo tres agujeros con la punta de las tijeras en el cuero de la brida, pero tan pequeños, que era imposible advertirlos, á menos de haberlos hecho.

Tomadas estas precauciones, salió del tinglado en el momento en que creyó oír un sordo gemido que le despedazó el corazón; halló el camino y echó á correr mas bien que á andar.

Aquella misma mañana el amanecer, Conor atravessaba la frontera del condado de Clare, no faltándole mas que veinte y ocho millas para llegar á su aldea.

Al pisar el suelo patrio, sintió que un nuevo vigor calaba por todos sus miembros, y á las seis de la tarde distinguió al fin la chimenea de su humilde morada. ¡Oh dicha! Nelly estaba en el lintel de la puerta, vueltos los ojos hacia el camino como si un presentimiento la hubiese advertido de la llegada de su marido. Pronto lo conoció, llamó á sus hijos, y corrieron todos al encuentro del venturoso Conor. ¡Cuántos abrazos y caricias del marido á la muger y del padre á sus hijos!

Pero cuando llegaron á las esplicaciones y Conor tuvo que confesar que volvía con los bolsillos vacíos, toda la familia quedó atónita, y Nelly tuvo la franqueza de recibir sin dar gracias las tijeras, que eran una prueba de que el nuevo Ulises no habia olvidado á su Penélope durante su larga ausencia. La buena muger se imaginó que Conor no referia las cosas como eran, y le exigió una narracion circunstanciada de sus aventuras.

Conor no se hizo de rogar, y empezando por el principio cual sencillo narrador, repitió palabra por palabra los consejos que le habia dado el labrador de Kilkenny en cambio de las 80 guineas que le debia. «¿Cómo!» exclamó Nelly interrumpiéndole, «¿es eso lo que nos traes al cabo de tres años de trabajo? ¿asi vuelves con los bolsillos vacíos como cuando te fuistes?» Esta reconvencion de Nelly recordó á Conor la segunda torta que Fitz-Patrick le habia encargado tanto: «Me olvidaba, le dijo, que la Señora Fitz-Patrick te manda una torta amasada por ella misma.»

Descosiose al punto la faltriquera: «Veamos, dijo Nelly, si las mugeres de Kilkenny amasan mejor que las de Clare; los pobres hijos de Conor se desojaban porque hacia tiempo que solo conocian patatas por único alimento; pero ¿cual fué el pasmo de toda la familia, cuando, al partir la torta se descubrió una bolsa con 80 guineas y una carta cuyo contenido fué deletreado por el hijo mayor de Conor, que habia

llegado á ser en su ausencia un buen discipulo de la escuela gratuita de la parroquia.

«Mi querido Conor, espero que esta carta llegará á su direccion, porque está escrita por el correo que la lleva; conociéndote crédulo y sencillo; corrias riesgo de llegar á tu casa mas pobre que no salistes, si no te obligara á hacer caso de los consejos que cuento darte de balde, pero que valen realmente las 80 guineas que crearás haber dado por ellos.

«Toma tambien este otro de balde: No basta tener dinero, mi querido Conor; es preciso saberlo emplear. Haz buen uso del tuyo, y que Dios te bendiga como lo desea tu antiguo amo.

«Jaime Fitz-Patrick.

Leida la carta, Conor y su muger devolvieron al que la habia escrito redobladas bendiciones y pidieron al cielo que se encargase de su gratitud. Luego, como este incidente no habia hecho mas que suspender la curiosidad de Nelly. Conor no tardó en satisfacerla plenamente, y la familia no escuchó sin estremecerse la aventura de los buhoneros robados y maltratados, y sobre todo los misterios de la noche pasada en que todo indicaba al parecer que Conor habia estado espuesto á que le achacaran un delito horrendo. ¡Cuán preciosos le parecieron á la muger de Conor los consejos de Fitz-Patrick, habiéndose librado milagrosamente su marido de los ladrones y del ciego juicio de los hombres!

A veces la prudencia se adquiere con la riqueza: Conor y su muger despues de haber contado mas de una vez las guineas, decidieron guardar el mas completo silencio sobre todas las aventuras de este feliz regreso, por miedo de escitar la codicia de sus veciños. Solo al cabo de seis semanas, cuando las guineas estuvieron bien empleadas, segun el consejo de Fitz-Patrick, en dos hermosas vacas y seis cerdos, solo entonces, repito, se apoderó un remordimiento del propietario de la cabaña trasformada en una pequeña granja. Preguntóse ¿que seria lo que habria sucedido en la casa de que felizmente se habia escapado? y ¿cual habria sido la suerte de los dos viajeros que alli dejó? El discreto Conor fué á verse con el señor Corbett, juez de paz del condado de Clare, y le declaró cuanto habia visto y oido desde su salida de Kilkenny. «Desgraciado!» le dijo el juez de paz, «acaso por culpa vuestra se condena á dos inocentes á la pena capital; hoy debe verse la causa en Limerick.

No lo quiera Dios, dijo Conor espantado. Llamó el juez á su criado y le mandó ensillar al punto su caballo. «Habeis guar-

dado el pedazo de paño? añadió dirigiéndose á Conor.—«Aquí está prendido con un alfiler,» dijo Conor. Entonces el juez escribió una carta, y entregándosela á Conor, le dijo: Toma mi caballo, corre á Limerick y no te apees sino á la puerta del tribunal, donde se te admitirá ante el jurado con esta carta dirigida al juez mi compañero. No pierdas un momento, acuérdate que llevas la vida ó la muerte de dos inocentes.» En menos de tres horas Conor llegó á Limerick, y habiéndose apeado á la puerta del tribunal, fué admitido ante los magistrados.

(Se continuará.)

POESIA.

MI ESPERANZA.

Si goza el hombre contento,
olvidando su tormento,
en la desdicha que alcanza,
es porque su sentimiento
consuela con la esperanza.

Y la lisonja mentida
y la pasión anhelada,
tornan de nuevo á su vida
la imagen afortunada
de la ventura perdida.

Así del mal que le oprime,
de aquella pena que llora,
de aquel dolor por que gime,
la esperanza seductora
al triste pecho redime.

El sueño de su ventura
es mas que su realidad:
y es menos que su hermosura
la vana felicidad
del goce que le asegura.

Por eso cuando es su mal
mas intenso, mas ardiente,
mira trémulo mortal
en contraste desigual
su misma dicha presente.

Tan pronto llora su anhelo
y esa ventura perdida,
como canta en su desvelo
con la esperanza el consuelo
de la suerte apetecida.

Triste aquel que solo vive
para llorar su quebranto:
á quien el hado prohíbe,
cuando derrama su llanto,
el premio que otro recibe!

Vivir quiero en mis quimeras
con mi pena y mi tristura;
que aunque luego huyan ligeras,
hoy alivian la amargura
sus lisonjas placenteras.

Vivir quiero seducido,
vivir quiero con engaño
tan dulce como mentido:
nunca venga el desengaño
á dejarme confundido.

Goza amor con la esperanza
que tu anhelo te presenta:
goza con esa tardanza
que ni tus males intenta,
ni tus placeres alcanza.

¿Y cómo renunciar pudiera altivo
desdeñando lisonjas pasajeras,
el misero mortal á su hado esquivo;
aunque llore mentidas las primeras?
¿Cómo en su anhelo pertinaz y vivo
ahogar puede las fáciles quimeras,
cuando amando infeliz y siendo amado
de toda otra pasión vive olvidado?

¿Dónde puede encontrar la paz tranquila
que el fuego de su amor le arrebatara,
ni el viso encantador que á la pupila
ilusiones hermosas presentara?
¿Dónde está la quietud cuando vacila
el corazón y su pesar prepara
llorando triste con aciago brío
el áspero rigor del hado impío?

En vano con empeño buscaría
á sus tormentos plácido beleño;
que inútil se esforzara su porfía
é inútil á la par fuera su empeño.
En vano el infeliz busca alegría
que solo disfrutar puede en su sueño;
en vano sacudir pretende el yugo
cuando su mismo amor es su verdugo.

¡Feliz el que el amor nunca ha llorado!
¡Feliz el que el amor nunca ha sentido!
¡El que nunca miró desesperado
falaz el porvenir apetecido!
¡Mil veces mas feliz el que olvidado
huyó de sus rigores advertido,
y á influjo de su mente previsor
goza de una quietud encantadora!

Mas ¡ay! el que á sufrir hoy le condena
con encono fatal la suerte dura,
busca de su opresión en la cadena
el término feliz de la amargura.
Tan solo el porvenir calma su pena:
muriera de dolor sin su dulzura;
que al hombre que le falta la esperanza
alivio en su pesar ninguno alcanza.

J. Guillén Buzarán.

Zoología.

EL TIGRE.

La ligereza y la ferocidad son el distintivo del tigre entre todos los animales. No es seguramente este animal de los mas corpulentos, y tal vez no haya otro que le iguale en gallardía; contribuyendo no poco á realizar su mérito en esta parte la blancura amarillenta de su piel salpicada de motas negras que le dan variedad y aumentan su hermosura. Es su cuerpo demasiado largo, cortas sus piernas, desnuda su cabeza, feroces los ojos, y la lengua de color de sangre: y el gato es entre los animales domésticos el que mas se le asemeja, no menos en su forma exterior que en el carácter y otras varias cualidades. Ha sido este animal poco conocido de los antiguos; y aun nos parece fué desconocido del grande Aristóteles, naturalista el mas completo de su tiempo. Es acaso el tigre el único entre los animales feroces cuya crueldad no se templó con la saciedad, así se le vé mas de una vez dejar á los animales que acaba de matar, para hacer de otros nuevas víctimas de su ferocidad. Llega á tal punto la fiereza de este animal que á las veces quita la vida á sus propios hijos y aun despedaza á la madre si se pone de su parte para defenderlos. Pocas veces come la carne de los animales que han tenido la mala suerte de caer en sus manos; de ordinario se contenta con chuparles la sangre, y si alguna vez los despedaza es para meter dentro de ellos su cabeza y beber á boca llena su sangre. No diremos que en sagacidad no haya otros animales que le igualen; pero si aseguraremos, sin temor de equivocarnos, que tal vez no habrá uno que le aventaje. Díganlo sino las emboscadas que prepara en las márgenes de los rios á los bueyes, búfalos, caballos y demas animales de que hace su alimento ordinario. Si cuando mata algun animal corpulento teme ser inquietado, llévalo para hacerle pedazos y beber su sangre á parage mas seguro y retirado; sin que el peso enorme que carga sobre sus espaldas retarde en lo mas mínimo la celeridad de su carrera. En las contiendas, rarísima vez se acobarda aun cuando se las haya con otro animal mas fuerte y corpulento. Acomete á los elefantes, se abalanza hácia los rinocerontes y aun se alza sin dificultad contra el rey de los animales. Verdad es que suele sucumbir en luchas de esta naturaleza. Pero en llegando el tigre á hacer presa con los dientes y con las uñas en su ad-

versario, por bravo y corpulento que éste sea no le queda ya otro recurso para evitar el ser despedazado que el dejarse caer en el suelo y ver si de otro modo puede, cogiéndolo debajo, oprimir al tigre y sofocarle. Infecundo recurso las mas veces, pues aun cuando acontezca al tigre el caer debajo, no le es difícil escurrirse á causa de la suavidad de su piel, y entonces vuelve de nuevo con mas ardor á la pelea, y no se retira del campo sino despues de conseguida la victoria.

Refieren los viajeros que cuando el tigre no puede lograr su objeto huye inmediatamente, como avergonzado de no haber tenido la astucia suficiente para salir con su intento. Aun cuando sea en su mayor encarnizamiento, si alguna cosa desacostumbrada le llama la atención, suele dar treguas á su furor; cuéntase en confirmacion de esto mismo, que en las Indias se presentó de repente un tigre á una familia que estaba disfrutando de las delicias del campo: estáticos quedaron todos con tan inesperado acontecimiento: empero una señora que se hallaba entre la comitiva, lejos de sobrecojerse cual los demas, presentó su sombrilla al animal que saltó inmediatamente hacia atrás y dió á todos el tiempo necesario para escapar.

Es tal vez el tigre el único animal cuya índole no puede ser sojuzgada; pues no bastan para domarle ni la fuerza, ni la sujecion, ni la violencia: del mismo modo le irritan los buenos y los malos tratamientos: la costumbre que todo lo vence ninguna impresion hace en su naturaleza de hierro; así despedaza la mano que le maltrata como la que le acaricia y dá alimento. Cada objeto que se le presenta parece una nueva presa que devora anticipadamente con sus ansiosas miradas, le amenaza con sus bramidos espantosos, y se arroja frecuentemente hacia él á pesar de las cadenas y las rejas que detienen su furor pero no le calma.

Hallase este animal en el Africa y en el Asia y en mayor abundancia en las Américas, si bien no en todas estas regiones dá muestras de igual bravura y ferocidad. En la Nueva-España, en el Perú y en el reino de Chile dicen que abundan mas los tigres; y aun se asegura que son menos fieros que en el Africa y en el Asia.

CAZA DEL TIGRE.

La caza del tigre es un objeto de diversion y de especulacion en los paises donde este animal abunda. Hay por lo comun que ir á buscarle á los lugares

charcosos y abundantes en yerba espesa y elevada, pues ellos son su vivienda mientras no hace sus incursiones. Allí permanece oculto en la espesura y no es fácil echarlo de ver hasta que se está ya á punto de tropezar con él. Así es que suelen los cazadores, para poder atisbarle mejor y evitar una sorpresa peligrosa, ir montados sobre elefantes. Estos son los primeros que barruntan la proximidad del tigre, y dan aviso alzando la trompa y golpeando el suelo con las manos. Prepáranse con este anuncio los cazadores, y cada cual se dispone á disparar hácia aquel parage en donde las hondulaciones de la yerba dan bien pronto á conocer la presencia del animal. Como son muchos los que disparan, suelen por lo común matarle en la primera descarga. Si así no sucediese, podría tener la cacería menos de divertida que de azarosa. Pues aunque el tigre suele temer en tales casos, sin embargo si se cree cercado por todas partes, se lanza con furor contra el mas próximo de los elefantes, y si desgraciadamente llega éste á sucumbir y cae, corren grandísimo riesgo los cazadores que le montan, así de parte del tigre como del elefante.

Anécdotas.

BENEFICENCIA.

Un hombre honrado de Viena, viudo y con once hijos, á cuyo sustento no podía ocurrir con la pequeña cantidad de 400 florines que le valia su empleo, presentó un memorial al emperador José II., pidiéndole que le aumentase el sueldo. Este le preguntó donde vivia, ofreciéndole tenerle presente. En efecto, despues de haberse informado exactamente de la conducta de este hombre, pasó á su casa acompañado de un solo gentil-hombre, y le halló sentado, pensando tristemente en su suerte desgraciada. Apenas reconoció el infeliz á su soberano, cuando se arrojó á sus pies; mas el emperador le levantó pidiéndole que le enseñase sus hijos. Llegaron estos, contólos, y quedó sorprendido de hallar doce. «¿Porqué,» le dijo, «no pusisteis mas que once en vuestro memorial?» — «Señor,» le contestó, «sepa V. M. que hace muy poco tiempo dejaron en mi puerta un niño, que nadie queria recibir; pero, conmovido mi corazón, he hecho partir con él el pan de mis propios hijos.» — Viendo el emperador este acto de humanidad, tan conforme á

los sentimientos de su corazón, señaló inmediatamente al anciano una pensión de 1800 florines.

ESTRATAGEMA SINGULAR DE CRISTOBAL COLON.

Cristoval Colon hizo un desembarco en Jamaica en 1504, y trató de formar un establecimiento. Los insulares se apartaron de la costa, dejando á los españoles sin víveres. Una estratagema singular se puso en ejecucion en vista de tal apuro.

Debía haber muy en breve un eclipse de luna. Colon mandó llamar á los gefes de los pueblos vecinos, diciendo que tenia que comunicarles asuntos muy áridos. Habiéndoles reprendido su conducta, les dijo con un tono firme: muy pronto sereis castigados; el Dios todo-poderoso de los españoles que yo adoro, va á castigaros con el mayor rigor; y en prueba de lo que os digo, vereis desde esta noche, alumbrar la luna, despues obscurecerse, y negaros su luz. Este será el preludio de vuestras desgracias, si no os aprovechais de mi aviso.

Comienza en efecto á pocas horas el eclipse. La desolacion entre los salvajes es tan grande que van todos á postrarse á los pies de Colon, jurando que nada le faltaria. Este hombre hábil aparenta dejarse conmovir; se encierra como para desarmar la cólera celeste, y muéstrase poco despues, anunciando que Dios se ha apiadado, y que la luna volverá á parecer. Los bárbaros que quedaron persuadidos á que este extranjero disponia de la naturaleza á su arbitrio, no le dejaron carecer de cosa alguna.

SOLIMAN.

Estando este altivo soberano de los turcos en posesion de Belgrado, se le presentó una pobre muger quejándose amargamente de que los soldados la habian robado algunos animales que hacian toda su riqueza. «Preciso es,» contestó el Sultan riéndose, «que hayas estado sepultada en un sueño bien profundo, cuando no sentiste venir los ladrones.» — «Si señor, yo dormia,» replicó la muger, «pero era en la confianza de que Vuestra Alteza velaba por la seguridad pública.» El príncipe que tenia elevacion de alma, quedó prendado de esta respuesta, atrevida como era, y mandó resarcir á la muger los daños que debia haber evitado.

EDITOR: DON IGNACIO BOIX.